

Williams, Fernando (2010). *Entre el Desierto y el Jardín. Viaje, literatura y paisaje en la colonia galesa de la Patagonia*. Buenos Aires: Prometeo, 288 pp.

Graciela Favelukes

En este libro Fernando Williams aborda las representaciones del paisaje de la Patagonia que circularon entre los colonos galeses que se instalaron en esa región a mediados del siglo XIX. La obra surge de su tesis de maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, etapa intermedia de una trayectoria que lo llevó de su formación de grado en arquitectura hasta su reciente doctoración en historia en la Universidad de Buenos Aires. Este recorrido, que podría decirse sinuoso, es a la vez el que posibilita el enfoque plural de su trabajo, en el que se entrecruzan tradiciones, disciplinas, métodos y preguntas redefinidas en los giros que atravesaron a las ciencias sociales y humanas en las últimas décadas. En este caso en particular, se dialoga con nuevas historias sobre la inmigración, la cultura, la ciencia, y especialmente, el paisaje. Esta última noción resulta central en esta investigación de las formas de apropiación del territorio que realizaron los migrantes galeses en la Patagonia central.

La investigación que sustenta el libro se apoya en un conjunto documental vinculado con la literatura de viajes, género que el autor caracteriza como híbrido y más amplio que los ya muy transitados relatos de viajes científicos o exploratorios. Así, el libro reúne un rico conjunto de textos escritos en galés, cuyo análisis realiza el autor a partir de su conocimiento del idioma. No es un mérito menor de la obra poner al alcance de los lectores un corpus y una historia que de otra manera es poco accesible por la barrera lingüística.

La estructura general del libro consta de un capítulo introductorio que presenta el objeto de estudio y las formas de abordaje utilizadas, y tres partes que recorren sendas figuras de paisaje: desierto, jardín y edén.

En la introducción, Williams presenta sus problemas principales –inmigración, cultura y paisaje– y los sitúa en las discusiones y formulaciones de las últimas décadas, algunas no tan transitadas en nuestro medio. El estudio bibliográfico que realiza le permite establecer su versión acerca del paisaje y de la particular forma en que lo aborda: en sus palabras, no tanto como sustantivo, sino como verbo. Esta redefinición busca resaltar el carácter operativo de los procesos de construcción de significados y valores dentro de la cultura, recorriendo la senda de los estudios culturales y especialmente la huella de (su casi homónimo) Raymond Williams, entre otros referentes de la historia cultural, del arte y de la estética. En este marco presenta su principal elección teórico-metodológica, al hacer centro en el análisis de “las representaciones paisajísticas en sede literaria” y su relación con las transformaciones materiales del territorio.

En el terreno histórico, se proponen dos discusiones principales. Por una parte, revisar la centralidad que la historiografía ha otorgado al Estado nacional en los procesos por los que se controlaron y ocuparon durante el siglo XIX territorios como el de la Patagonia. En contra de una visión esquemática, se propone la existencia de proyectos territoriales alternativos, de pugnas entre prácticas diversas de apropiación territorial, de las que la colonia galesa constituye una versión. En segundo lugar, se discute con la tradición que construyó a la región como desierto y como vacío. Desde este posicionamiento, la elección de los textos de los galeses del Chubut es en sí mismo un desplazamiento de la mirada del investigador, que parte en busca de las miradas particulares de esos peculiares inmigrantes. Esta particularidad los distingue de otras migraciones europeas del período pues, como

muestra Williams, los galeses tenían un fuerte sentido religioso y una voluntad política que se plasmó en las representaciones que construyeron.

La primera figura del paisaje analizada es la del desierto, un término que tendió a ser eludido en los textos que promovían la instalación galesa en el Chubut, a pesar de la dura experiencia inicial en un medio en el que los cultivos no prosperaban y los colonos subsistían en base a las provisiones llegadas desde Buenos Aires y a sus contactos con las tribus indias del sur, de las que adquirían nuevos saberes como la caza con perros y boleadoras. En esa tierra de más allá de la frontera, la relación con la población patagónica tendía más a la coexistencia y el intercambio que a la confrontación.

Aunque con algunas diferencias, la idea de una tierra hostil es un rasgo presente en la visión de los galeses y en la literatura de viajes producida por autores europeos y americanos, entre los que destaca Sarmiento. Pero si en éstos predominan las calificaciones en torno a lo salvaje y lo exótico de la Patagonia, teñidas de semejanzas con lo que se tenía por rasgos del cercano oriente árabe, en los autores galeses la red textual es de profundo corte religioso, y su "orientalismo" se tiñe de contenidos bíblicos: el modelo es Jerusalén, o la tierra prometida, y el desierto una tierra que somete a pruebas la fe, a la vez que el espacio de posibilidad para la construcción de una nueva Gales, en una operatoria de autosegregación de fuerte corte puritano. En este sentido, ocupación y puesta en producción de la tierra son tanto una estrategia de subsistencia como parte de una política moralizante de raíz religiosa.

El énfasis en el trabajo agrícola como herramienta de cohesión social y moral es el telón de fondo de las intensas transformaciones del valle, a partir de las obras de riego, de la parcelación para el cultivo, de la plantación de árboles para control del viento, y de la construcción de las viviendas de los colonos. Hacia finales del ochocientos, esa labor incesante desplazó al desierto y

construyó el jardín, figura de la segunda parte del libro. La valoración de esta figura se sitúa en el contexto de las políticas de colonización, reparto de tierras y promoción agrícola, cuyos rasgos son no sólo políticos sino también estéticos, y en los que resuenan elaboraciones y experiencias norteamericanas comunes a autores locales, como Sarmiento o Zeballos, y a promotores y cronistas galeses. En el jardín se cruzan las fórmulas bíblicas del jardín del Edén y la idea comunitarista de mejoramiento social. La construcción del nuevo territorio como "jardín" es a la vez laboratorio social y técnico, espacio de realización para estos nuevos ideales y espacio de experimentación agrícola, especialmente a través de la presencia de la máquina.

Cargados de sensibilidad pintoresca, los textos y poemas circulan en periódicos locales, cuyo rol central se destaca en la construcción de una comunidad que se identifica con el jardín y que se vincula mediante una red de lectura y escritura con los galeses de otras tierras y con el mundo externo. En este sentido el jardín, en tanto encarnación de un colectivo armónico, se visualiza también como oasis, una figura que permite diferenciar al trabajo agrícola, territorial y paisajístico de la colonia galesa respecto del jardín concebido como extensión geométrica y productiva de la ciudad en el campo, como se observa en las imágenes que manejan Sarmiento y Zeballos. Asimismo, la figura del oasis refiere simultáneamente al jardín y a su contracara, el desierto, que estos colonos no podían eliminar y con el que lograron convivir exitosamente.

El edén, ese jardín originario, es la figura de paisaje de la tercera parte, y es el horizonte en el que culmina el desplazamiento galés hacia el interior andino: desde relatos de exploraciones en los que resuenan las cadencias utilitarias de los viajeros científicos y trabajos de relevamiento cuantificantes hasta una variante sensible y nostálgica que señala lo que va perdiendo la Patagonia en el proceso de conquista y eliminación de la población indígena. En ese recorrido va emergiendo una figura de naturaleza no ya domesticada como

la del valle-jardín, sino una naturaleza intocada, arcádica, pura en el sentido estético que puede observarse en algunos pasajes de Moreno, y a la vez extensa y sublime en la visión en parte pastoral y en parte religiosa que la viajera Eluned Morgan, cargada de patriotismo, construye como una nueva Gales sudamericana.

El estudio de las tres figuras sigue un orden cronológico y construye una suerte de periodización paisajista y simbólica para la Patagonia galesa. El libro se cierra junto con el retroceso del idioma galés que hacia la década de 1920 dificulta ya seriamente la circulación de las representaciones analizadas y de sus significados. Con estas lecturas se alcanza el objetivo de la discusión de la hipótesis del vacío y el desierto a ocupar, característico tanto de las narrativas europeas y criollas que alimentaron la conquista de ese desierto como, de manera un tanto paradójica, en los estudios culturales que revisan críticamente ese periodo, como señala Williams.

Un problema que plantea este trabajo es el de la compleja relación entre palabra escrita y transformación del territorio. No se trata, opino, de establecer una relación de prelación entre ambos; en ese sentido, es posible discutir la preponderancia que otorga Williams, siguiendo a Fitte, a lo escrito por sobre otras producciones culturales. Pero por otra parte, su lectura de los textos galeses ofrece un conjunto de hallazgos que van más allá de la aplicación del aparato conceptual utilizado, y que contribuyen a avanzar en una historia territorial que espero se extienda en trabajos futuros.

De esta manera, podemos decir que el texto cumple los objetivos que propone, y que cumple también con las promesas de su título, al recorrer las tres figuras en esa literatura de viajes ampliada que se produjo y circuló en la colonia galesa. Es cierto, el libro reseñado no interroga los aspectos materiales concretos de la formación de la colonia en el valle del Chubut –aspectos que el autor abordó más recientemente en su tesis doctoral. Las preguntas que recorre en este caso no se

dirigen tanto a los mecanismos de la construcción del paisaje, sino a la formación y circulación de las figuras de ese paisaje a través de una red de textos y valores, y de una comunidad de lectura-escritura en la que encuentran su lugar diversas tradiciones y significados. Un sugerente conjunto que es bien necesario para nuestro avance en la construcción de las múltiples capas de la historia cultural y territorial argentina.